

## La participación del cuerpo

«Adoración en Espíritu y en verdad»

Arzobispo Pablo Yazígy

«¡Dios es Espíritu!» La renovación más importante que el cristianismo ha introducido en la adoración es modificarla y elevarla hacia su plenitud, a una «adoración en Espíritu y en verdad»<sup>1</sup>. Pero esto no significa una adoración racional despojada del cuerpo sin gestos y posiciones externas. «Adoración en Espíritu» no se refiere al espíritu del hombre, sino al Espíritu Santo. El hombre ofrecerá la adoración con todo su ser: espíritu, alma y cuerpo<sup>2</sup>. Cuando la fe sumerge al hombre, conmueve todo su ser, lo que se manifiesta en sus movimientos y conductas. No hay verdadera adoración sin una participación expresiva del cuerpo, de un modo u otro.

El cuerpo, en el cristianismo, no es una cárcel del espíritu donde éste se agita deseando liberarse; no es obstáculo para el alma, más bien, el cuerpo es el instrumento de la vida espiritual. Además, en todo comportamiento y en todos los aspectos de la vida, los movimientos del cuerpo y sus posiciones ocupan

## La participación del cuerpo

la parte más importante y más relevante de la expresión espiritual y psicológica del ser humano. Inclinar la cabeza, levantar la mano, ponerse de pie..., todo ello tiene su significado espiritual; no son meramente expresiones sociales o locales, sino que constituyen la forma natural de la vida espiritual y psicológica del hombre, que se manifiesta a través del cuerpo. El ser humano es un mismo ser inseparable, que adora «en Espíritu y en verdad» con total plenitud de existencia: alma y cuerpo. Desde luego, cuidar los meros movimientos y aspectos externos sin la participación del corazón y de la mente es falsedad que Jesús ha denominado «hipocresía», un culto rechazado rotundamente; no obstante, la existencia de esta posibilidad no anula la importancia de las expresiones corporales o su habilidad en apoyar el corazón en la adoración, ni la realidad de que forman un modo de expresar ontológico y vivo.

«Venid, adoremos y prosternémonos ante Cristo nuestro Rey y Dios.» Esta frase que repetimos en la parte inicial de los rituales ilustra uno de los *matices* de la participación del cuerpo en el culto, una de las expresiones de la adoración «en Espíritu y en verdad».

La postración es una forma para expresar la adoración a Dios o la veneración a los Santos, y es un gesto humano usado aun fuera del cristianismo o de la religión en general: el hombre se postra ante quien es más fuerte que él, pidiendo compasión o en gesto de agradecimiento y de

gratitud; los siervos se postran ante sus reyes. La postración es una profunda expresión de reverencia y humildad. La santa Biblia, en ambos Testamentos (Antiguo y Nuevo), abunda en ejemplos: los hijos de Jacobo se postraron ante su hermano José en Egipto<sup>3</sup>; Jacobo lo hizo ante su hermano siete veces<sup>4</sup>; Pablo proclama a Jesucristo como Señor, ante cuyo nombre se dobla «toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los abismos»<sup>5</sup>; los discípulos se postraron ante Cristo cuando se manifestó a ellos después de su Resurrección de entre los muertos<sup>6</sup>; los magos lo hicieron también ante el niño Jesús<sup>7</sup>, ofreciéndole la debida adoración. El libro del Apocalipsis nos habla de aquella adoración al Dios vivo y todopoderoso que era, es y vendrá: «Los veinticuatro ancianos se postran ante el que está sobre el trono y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y arrojan sus coronas delante del trono diciendo: Eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder [...]»<sup>8</sup> Lo mismo que hizo Juan, el apóstol, ante el ángel: «Entonces me postré a sus pies para adorarlo, pero él me dice: No, cuidado; yo soy un siervo como tú [...] a Dios tienes que adorar.»<sup>9</sup>

«Cada vez que nos prosternamos, denunciemos cómo el pecado nos ha jalado a la tierra; y cuando nos levantamos, confesemos la misericordia de Dios que nos ha levantado y nos ha conferido porción en los cielos», dice san Basilio Magno. «Arrodíllate en la oración, y pide a Dios con contrición que te otorgue la paciencia y el dominio del pensamiento.» «Cuando los pensamientos nos distraigan durante

la oración y lleguemos a sentir aburrimiento, prosternémonos en tierra, con el devocionario en la mano y, postrados, roguemos a Dios que nos otorgue el ánimo para completar nuestra oración.» «Virtudes adquiridas cómodamente pertenecen, a fin de cuentas, a Satanás.» «El olor del sudor de las fatigas durante la oración es más precioso que el incienso ante el Señor», dice san Isaac el Sirio.

En los momentos que se requiere más atención durante los Servicios, el sacerdote exclama: «La paz sea con vosotros.» «Inclinemos la cabeza ante el Señor.» Y las oraciones son leídas mientras el pueblo inclina la cerviz. Otras oraciones son acompañadas con profundas postraciones. El día de Pentecostés se celebra *el servicio de la Postración*. Manos levantadas y rodillas dobladas forman la posición penitencial con fuerza y fervor; lo que podemos observar con el apóstol Pedro: «Hizo salir a todos, se puso de rodillas y oró.»<sup>10</sup> También san Pablo cuando se despedía de los de Éfeso, «se puso de rodillas y oró con todos ellos».<sup>11</sup> Y en su Carta dijo: «Doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo [...] para que les dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu.»<sup>12</sup> El hombre eleva sus manos hacia Dios ofreciendo las súplicas más fervientes conforme a las palabras del Salmo «Extendí mis manos hacia Ti»<sup>13</sup>, y es muy probable que lo acompañe con la postración.

Todas estas posturas del cuerpo son prácticas que ayudan a que el ser humano, en su totalidad,

participe en el culto; brindan al ambiente de la adoración la condición más trascendental, esto es, la devoción; y también recogen la mente más y más, y la ayudan a comprender los sentidos del culto. Todo lo que rescata la adoración del espacio de la rutina.

San Gregorio el Teólogo dice de su santa hermana que «sus rodillas se endurecieron por las postraciones». Y la literatura monástica nos habla de un monje que falleció; cuando entraron a su celda, encontraron que el piso de madera enfrente del icono estaba desgastado por las abundantes postraciones.

Ante todo ello, resulta extraño ver a algunos de los que asisten a la iglesia sentados a lo largo y ancho del Servicio. Todavía más extraña es la escena del señor que cruza los pies, o la señora que, afectada por el calor del verano, anda moviendo el abanico, lo que indica que estos caballeros y señoras no son adoradores: más bien, espectadores de un «teatro» ritual. Lo observan como una pantalla de televisión.

¿Cuándo nos paramos en la Liturgia y cuándo nos sentamos? No hay una regla general. En principio, nos paramos en gesto de temor y devoción e inclinamos la cabeza –incluso, en la oración personal, nos prosternamos hasta el piso–, y nos sentamos nada más cuando estamos cansados. Por lo que, cuando el Servicio es largo, nos sentamos durante las lecturas de ciertas oraciones: mas la mayor parte del tiempo estamos de pie, en especial

durante la lectura evangélica o la elevación de las fervientes súplicas con el sacerdote.

El criterio principal de la adoración es que sea verdadera, es decir, de todo corazón, con toda la mente y con todo el espíritu, y también con toda eficacia corporal. El creyente se sienta cuando se cansa; en cambio se para, se inclina y se prosterna todo lo que pueda. La costumbre de que los asistentes al templo se sienten constantemente, provoca que un sello racional domine la oración, y hace que se trate más de observar un acto teatral que ofrecer un culto en el templo. El cuerpo anhela al Señor, según las palabras de David: « Oh Dios, Dios mío, a Ti madrugó: mi alma ha tenido sed de Ti; ¡cuántas veces también de Ti mi carne!»<sup>14</sup>

A la luz de tal entusiasmo espiritual, las frases y palabras del sacerdote o del diácono cuando exclama: «Inclinemos la cabeza ante el Señor», o la frase inicial del lector «Venid, adoremos y postrémonos...», tendrán al oído un impacto especial, fervoroso y dulce.

Las inclinaciones y prosternaciones hacen que nuestro ser, en su totalidad, ore y exprese su veneración y adoración a Dios «en Espíritu y verdad»; es decir, profundamente y con todo su ser. Amén.

---

<sup>1</sup> Jn 4: 24

<sup>2</sup> Véase 1Tes 5: 23

<sup>3</sup> Gn 43: 26

<sup>4</sup> Gn 33: 3

<sup>5</sup> Flp 2: 10

<sup>6</sup> Mt 28: 9, 17; Lc 24:5

<sup>7</sup> Mt 2: 2,11

<sup>8</sup> Ap 4: 10-11

<sup>9</sup> Ap 19: 10

<sup>10</sup> Hch 9: 40

<sup>11</sup> Hch 20: 36

<sup>12</sup> Ef 3: 15

<sup>13</sup> Sal 142: 6

<sup>14</sup> Sal 62: 1 (Conforme a una traducción personal siguiendo el texto de la Septuaginta).